

EL PARAISO DE LAS ISLAS

DE BANCOS, CUARTELES Y UNIVERSIDADES

Emilio Sola

e.sola@uah.es

Colección: Documentos Mediterráneo

Fecha de Publicación: 09/07/2012

Número de páginas: 10

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org

info@cedcs.org

contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

DE BANCOS, CUARTELES Y UNIVERSIDADES



I PARTE

“Era la crisis, que decían, y estaban dispuestos a que te lo creyeras. A que se lo creyeran todos. Debías sufrir, pasarla tú también – como si fuera una enfermedad más de las de la infancia – aunque te hubieras planteado mantenerte lo más al margen de su mundo y alcance, y por ello te refugiaras en la frugalidad más estricta y esencial, en tus propias posibilidades al fin.

“Pero siempre quedaban resquicios mínimos por los que podía infiltrarse

su infección centripetadora voraz, y a uno lo hacían vulnerable por ello.
A uno, y a todo su mundo paralelo recreado con mimo y tacto.
Resquicios que sólo eran perceptibles por una potente estructura informática
con bases de datos y bancos de contenidos, bien engrasada y a tu servicio,
o a tu disposición, mejor. O a su servicio, mejor,
al de las grandes redes de información. De las que había,
todas, o casi todas, eran de perfil centripetador, de control y optimización
de rentabilidades; a unos niveles que con la crisis, que decían,
enloquecían a la gente de ansiedad, de incertidumbre.
Que es lo que amenazaba en convertir la crisis en arrasadora.
La crisis, que dicen.”

Vamos a la historia.

Es de los tiempos de formación del paraíso de las islas, y le gustaba mucho
al viejo Borondón. Lo anterior, por ejemplo,
es una de las maneras que tenía de comenzar a contar la historia,
y lo hemos tomado de una de las filmaciones de una de esas Ocasiones
en las que la contó para un grupo de gente. Había llegado a simplificarla, además,
a las mil maravillas hasta convertirla en una auténtica estilización ejemplar.

El trío inicial de la historia eran un Profe, un Soldado y un Banquero.

Un Profe en crisis –cambios de planes universitarios europeos o globales - ,
un Soldado en crisis – paso a la madurez en plena reconversión
de los ejércitos de guerra en otra especie de ejército de paz, o al menos
de pacificación, con necesidad urgente de información cada vez más compleja
y tecnológicamente refinada – y un Banquero en crisis de qué le vamos a contar,
oiga, que esto se viene abajo. Aquello del principio del milenio y la GG.

Vamos a por el Profe.

El Profe acababa de entrar en la cuarta edad, que dicen algunas
tradiciones hindúes, siempre sapienciales pues narran una manera sabia y antigua
de ver la vida. Tras la edad de la juventud, la de la familia y la de la madurez,
cada una de un periodo de veinte años, viene la cuarta, la edad del sabio peregrino,
la del superviviente que ya podría jubilarse, que decían por acá, por estos otros tiempos.

La cuarta etapa en la vida de una persona, la de sesentón, con todas las hipotecas
y descalabros económicos saldados, a lo largo de una compleja vida
sentimental, familiar y profesional, el Profe entraba en la vejez – eso es,
la palabra justa – con ánimo de dedicarse únicamente a saborear y difundir
lo aprendido, que en su caso – asuntos humanísticos, culturalidades –,
resultaba hasta divertido. Y con un convencimiento raro, por síntesis mágica
de lo aprendido: las universidades de profes y estudiantes
deben ser centrifugadoras de conocimiento y marcha, de acción.

Esa era su función y no la de centripetar nada. Mucho menos
rentabilidades económicas a corto plazo. La Universidad no puede

recluir, encerrar, reservarse nada, debe estar en *red abierta*.

En la red. Debe huir, como de la sarna,
de cualquier corsé o tentáculo centripetador y chupóptero de energía.

Si era don Borondón el que narraba esta fábula, a estas alturas del “estar en red abierta”, sonreía socarrón y se explayaba a gusto con metáforas truculentas para mostrar la malignidad de la centripetación.

El Profe se animó a organizarse en la red a su medida que necesitaba, y se asoció con antiguos alumnos para abrir un sitio experimental en Internet; tenían un proyecto empresarial para aventurarse como empresarios en el marco universitario mismo del que procedían. Y el Profe abrió una cuenta con ellos para mantener el sitio del que se convertían en titulares o propietarios como grupo sin fines lucrativos. Todo ello los integraba plenamente en la *red bancaria* también, en la que ya todos de hecho estaban integrados, individual y corporativamente, por decirlo de alguna manera, institucional y empresarialmente también, por decirlo con lenguaje antiguo y terrible.

El Profe ya estaba fichado y localizable en *Banco A*, en donde cobraba los sueldos de la enseñanza o sueldos universitarios y donde llevaban sus tarjetas de crédito o débito, que decían, y pagos domiciliados, sin los que era difícil organizar, cada vez más, la vida cotidiana. Y también estaba ahora en el Banco cibernético o digital, *Banco CD*, para los asuntos interneteros, pues los egresados – ese era el nombre terrible de nuestros licenciados universitarios, una vez pasaban a la vida laboral, aunque seguían con frecuencia, como podían, sus doctorados–, como jóvenes profesionales, estaban muy al día en asuntos técnicos que para el Profe ya eran insalvables. Las cifras económicas eran llevaderas; el resultado, muy estimulante. Plenamente centrifugador además.

Vamos a por el Soldado.

Entraba en la tercera edad de la tradición sapiencial hindú, la cuarentena, tras una infancia y juventud feliz pero ceñida a academias militares y de disciplina soportable, mal que bien, en esa primera edad, la de la juventud.

Pero salía de una segunda edad de vida familiar tormentosa, pues hubo divorcio con hijo de por medio y mucha bronca. Lo sobrellevó con buen ánimo, tal vez, metiéndose a fondo en nuevas tecnologías de la comunicación, y hasta en idiomas difíciles como el árabe, tan cualificado y necesario además para los nuevos tiempos que corrían y los servicios de información.

Hizo misiones importantes en los Balcanes y en Medio Oriente, hasta el profundo Afganistán, en misiones militares de primeras magnitudes en los planes de reconversión militar, tan compleja como la universitaria por otro lado. Con ánimo y en primera fila, como el primero. Con un cierto desgaste, eso sí, pero más debido al desarraigo, también familiar – el divorcio, la muerte del padre, la lejanía de las hermanas –, en la línea

de las evocaciones cervantinas de “la vida libre del soldado” y “la libertad de Italia”.

También logró sobrellevar diversos descalabros económicos – hipotecas vencidas, devoluciones –, hasta necesitar asentarse.

En un terrenito asequible, con un préstamo del *Banco B*, del *BB*.

Vamos a por el Banquero.

Frente al Soldado y al Profe, aparece el Banquero por el hecho del aval que el Profe da al Soldado para fraccionar el pago de la financiación del terrenito. Y todo fue normal, muy bien, hasta que apareció la crisis, que dicen.

Pero el Banquero ya es como hidra de muchas cabezas, una el *BA*, otra el *BCD*, y el *BB*. Tres cabezas por las que se nos filtraban síntesis misteriosas de contenidos, con órdenes ejecutivas contundentes y atemorizantes, sobre todo en época de crisis.

Vamos a por el Profe y el Soldado.

Cuando el viejo Borondón, el Antiguo, relataba este cuento, aprovechaba esta pausa para descansar un poco y tomarse un refresco. Siempre había alguna gente nueva que pasaba a la plataforma, en donde charlaban, pues habían esperado pacientemente en el exterior de ella, para no interrumpir, hasta que terminara su relato y tuviera a bien comenzar una segunda parte.

El Profe y el Soldado habían planeado bien, a su manera, la operación.

Al Soldado le daba el sueldo para los pagos acordados, y todo fue sobre ruedas, de manera natural. Entraba y salía, al principio, y en visitas al Profe, entre misión y misión, le contaba de sus viajes; luego comenzó a aparecer por allí algo más escéptico o cansado, tal vez, y obtuvo algunas bajas de descanso con ciertos perfiles de depresión o desborde sin más, en un mundo acelerado en el que asuntos sensibles, como la tecnología y la información, tienden al instante, al *zas!*, y ya saltó. Y, por problemas burocráticos, se trastabillaron dos pagas consecutivas en las secretarías militares o contadurías, y se retrasaron dos o tres meses de pagos, y surgió la crisis, y saltaron todas las alarmas, y se volvieron locos con presiones y amenazas judiciales.

Otro poder infiltrado de centripetaciones, el judicial. Cuando tenía que ser el gran centrifugador.

A veces, don Borondón se quedaba aquí callado y, ante la decepción de todos, decía: “Ya no tengo ganas de seguir. Mañana más. Investigad por vuestra cuenta en los archivos y con los profesores”. Y ahí se acababa todo. Al día siguiente, llegaban de nuevo a la plataforma, poco a poco y, cuando ya eran bastantes y veían al viejo más tranquilo, alguien preguntaba: “¿Qué pasó con el Profe, el Soldado y el Banquero cuando la crisis?”

El Antiguo parecía sorprenderse, pero reaccionaba rápido:
“¡Ah, sí, era eso...” Y continuaba.

Cuando llegó la crisis y el Soldado, en el lío de las bajas y las altas que tanto comenzaban a complicarle la vida, se atrasó en los pagos, del *BB* llamaron al Profe para comunicárselo, como avalista, y acosándole con la urgencia de un pago inmediato para evitar proceso judicial.

Y el Profe, algo literato, como muchos profes investigadores lo son, con su toque paranoico-crítico postdaliniano – para no entrar en el terreno del surrealismo, o del paranoico a secas, o no método –, para jugar con las palabras, al Profe se le antojó que de ahí podía salir una buena historia de intriga, hasta comercial. Era sólo una cuestión de medida, casi como la música, de arte de bien combinar los sonidos y el tiempo. El arte de narrar.

Vamos a por la situación del Profe en ese momento.

El Profe, a lo que andaba, era a terminar de escribir el que sabía que iba a ser su último libro más o menos de historia, sobre un corsario calabrés clásico. Era el libro que no había podido encontrar para leer y que le apetecía leer. Para eso, únicamente, lo escribía.

Pero habían comenzado a pedirle cosas sobre el asunto, y como era un indolente y le daba pereza decir que no, a casi todo se dejaba convencer. Más o menos gratis, o más gratis y menos gratis, pero eso era también a causa de la crisis, que decían. También lo liaban para cosas de versos y mesas redondas sobre interculturalidad que, por otra parte, no sabía bien qué era. Era un curioso. Incluso había conseguido canalizar los pagos a las invitaciones a hablar, en el caso en el que eran menos gratis, a la cuenta del *BCD*, el banco digital de los pagos de las páginas de Internet.

Era divertido, pero al Profe le pareció que sus reflexiones o narraciones sobre los corsarios parecían comenzar a concluir de manera alarmante: eran los primeros grandes empresarios modernos, con su nuevo dios, el interés o el dinero, y la galeota corsaria podría verse como emblema de la empresa económica de adquisición y financiera. Una manera especialmente escandalosa de presentar la realidad de un mundo en crisis.

El Borondón, a estas alturas del relato, si lo narraba él, solía reírse con carcajadas sonoras y profundas, como él hacía:
“Jo, jo, jo, jo...”

Al pobre Profe, de la media docena de cosas que le habían pagado para el sitio web a través del *BCD*, unas venían por otro *Banco M* o por otro *L*, y la hidra no cesaba de crecer; ya debía de andar, aunque fuera en pobretón, por los bancos de contenidos económicos y demás de la red. El retraso en las pagas militares del no menos pobre Soldado, era culpa

de la administración general del Estado, al fin, como las pagas del Profe que aún no se retrasaban, aunque siempre hay que tocar madera con los cambios de planes y la crisis también en los estudios humanísticos, tan poco industrializables o rentabilizables, terribles las palabras, y a corto plazo..., pues eso.

Los eslabones de la cadena. Si falla uno, se desencadena algo. Y lo peor es que alguien, muchos o todos podían quedar encadenados por algún superviviente de la crisis, lo cual venía a ser el colmo del absurdo.

A estas alturas del relato, al Antiguo, a veces, se le iba el santo al cielo, o la olla, como dicen otros, y se largaba por los cerros de Úbeda, que también dicen, con una disquisición sobre las *Letras del Profe* y las *Armas del Soldado*, en clave de lecturitas e investigación libresca, o ejercicio físico, y hasta deportivo o gimnástico. Y todo ello, traspulado a la madurez y, sobre todo, a la vejez.

Cuando el cuerpo no daba para tanto, era mejor tener el sustitutivo de los libros, o las letras, o similares, para seguir gozando de la vida; si todas las satisfacciones de uno están en los goces físicos, su decadencia puede ser deprimente si no se relanza el interés por el sosiego de las letras o similares. Son posibilidades u oportunidades que deben hacerse posibles. Fragilidades.

En la mente imaginativa del Profe se abrió paso otra posibilidad, en la linde de los perfiles paranoicos, buenos para pergeñar historias, una parte importante de su oficio. El Soldado podía estar teniendo problemas en su trabajo de transmisiones militares, de comunicación e información, que pudiera hacer necesario reciclarle o apartarle. Algo muy cervantino también, la vejez del Soldado, tantas veces prematura. Aunque no eran los mismos tiempos. A pesar de la crisis, que dicen. En fin, redes de información, redes de redes. Y con un resquicio, una grieta.

Aquí don Borondón siempre aclaraba: “Redes de diseño centripetador, voraces todas ellas, y con un límite temporal cada vez más acelerado hacia el instante”. Y se quedaba tan ancho, viendo los rostros de sorpresa de la gente.

En fin, que el Profe se dijo que había que echarse para adelante con la historia paranoide que se estaba construyendo. Había que ir a ver al *BB*, el descubridor de la grieta que pudiera deslavar – así, como ruptura de eslabón – las endebles estructuras económicas y de funcionamiento del Profe y del Soldado. Y proponerle al *BB* – ya que por la hidra de redes de la que formaba parte, como cabeza presentable a la gente, lo sabía todo de todos – proponerle que se haría cargo de la deuda del Soldado, por su parte, si de la suya ayudaba a financiar con sus fondos de fundaciones culturales, y de manera sustancial, el sitio web de la red de redes de los sueños profesionales

del Profe. Era una solución que debían acordar a tres, el Profe, el Soldado y el Banquero, y con la que todos, aún en época de crisis, que dicen, saldrían beneficiados. Eso sí, con libertad de expresión de cada uno, en cada momento, para manifestar sus quejas.

Si esta era la versión, algo abreviada, que narraba el Antigo, terminaba así:

“Y esto es lo que sucedió, y de ese raro acuerdo surgió uno de los primeros intersticios de nomadeo que recuerdo, antes incluso de la Gran Guerra. Si bien recuerdo...”



II PARTE

Pero si le tirabas de la lengua al viejo Borondón y le pedías detalles, de vez en cuando – si se sentía enternecido, sobre todo, con quien se lo pedía – desplegaba su tablero de mandos y tecleaba algo. Luego lo leía con parsimonia, o lo hacía leer. Aunque tuviera poco que ver con la historia apuntada. En algunas ocasiones, el Antigo añadía otro mini-episodio, aunque casi siempre se le olvidaba.

El Profe se temía también, por entonces, que andaba siendo ninguneado o mal visto por otros colegas más formales y pacatos, y eso le producía mucha excitación; es muy frecuente en su entorno profesional, y el Soldado le confirmó que en el suyo pasaba lo mismo. Esa excitación hacía que aprovechara las ocasiones que se le brindaban para mostrarse algo impertinente, y para ello dejaba entrever perfiles hipotéticos bastante extremados en sus teorizaciones sobre el curso y la información de la frontera, que era en lo que andaba el Profe como obsesión dominante, una investigación académica muy divulgada, además, por la red abierta, en la que había decidido trabajar, al fin, por pura comodidad y por su rapidez de comunicación.

Vamos, que era un moderno, en el argot gremial, o un posmoderno mejor.

Y, por ello, un sospechoso de heterodoxias varias y mal vistas por el sistema. En todas partes a donde le invitaban a hablar y expresarse, se le veía el plumero de su tendencia a la identificación del corsarismo con la desaparición de las lealtades que no fueran en aras del nuevo dios, el interés, el dinero, teorizaciones que destellaban como pullitas naïf e inocentonas contra un sistema financiero en crisis, como se decía.

Un lío de susceptibilidades e intereses, al fin. Se había convertido en sospechoso él mismo, también, para los señores del orden –académico y financiero, con intereses paralelos y cruzados – que podían manifestarle su malestar precisamente con aquel acoso provocado por la grieta que habían encontrado en la relación del Profe y el Soldado.

De nuevo el sistema como redes centripetadoras en alarma, una alarma más. Como todas, sutil y delicada, cuanto más académica más sutil. El mundo de la información y el mundo financiero, conspirando al alimón.

Este sí que solía ser el final. Aunque otros recuerdan otros fragmentos escuchados en tiempo mejores, cuando el Antiguo no estaba tan anciano y chocho y tenía más ánimo. Algunos andan por ahí con sus laboratorios portátiles a la caza de fragmentos perdidos, y hasta reciclados, que según algunos es posible que se puedan encontrar aún. Los tiempos y las modas mandan. Sólo fueron capaces de reconstruir, sin embargo, una especie de fragmento final de la historia:

No hubo problemas con el Banquero; enseguida se arregló el problema burocrático y los pagos del Soldado se pusieron al día; el Banquero, sin embargo, fue poco cortés, al menos con el Profe, pues ni le pidió disculpas por las reiteradas llamadas telefónicas apremiantes, incluso a su despacho de la Universidad, y sus argumentos de que era mejor que pagara por su avalado para que aquello no llegara a los tribunales, que siempre encarecían la solución.

Unos meses después, además, el Soldado se hizo millonario a través de un concurso televisivo lingüístico de masas, y de alguna manera pudo devolverle al Banquero su trato displicente y agresivo, cerrando su cuenta hipotecaria e ingresando todo el monto del premio millonario en otro banco de la competencia.

Pero esa es otra historia ya.



FIN